

Y entre sueños, perfumes y gorjeos
Pasa la vida en deliciosa calma.

De sus padres la aflige la memoria;
Pero la anciana, con lenguaje tierno
Le recuerda que habitan en la gloria
Y que por ella ruegan al Eterno.

Se resigna á ser huérfana, pensando
En que ellos gozan la eternal ventura;
Si con ella no están, están alzando
Por ella sus plegarias en la altura.

Es la resignación dicha cumplida
Para el que otra mejor aquí no alcanza,
Y además ella tiene en esta vida
Una inmensa fortuna, la esperanza!

Los bienes de la tierra no recibe;
Mas nada necesita, y mucho espera;
Así es que no se queja, y en paz vive,
Buena siempre, y también siempre hechicera.

Ay! la asecha en la sombra la serpiente
Y un día, al contemplarla arrobadora,
Dijo la vil anciana alegremente
Con sonrisa infernal: ¡llegó la hora!

LA VENTANA.

CANTO III.

La vieja, esa ave inmunda de rapiña,
Buscaba diligente
Un libertino de alma delincuente
Que comprara la honra de la niña,
Pagándola en un precio conveniente.

Angel de la pureza,
¿No sientes resbalar por tus mejillas
Lágrimas de tristeza,
Al mirarla vender en su vileza
Lo que adorar debiera de rodillas?

Habría sido la pesquisa ociosa
Si aquella infame anciana
Buscado hubiera una alma luminosa,
Llena de amor y caridad cristiana,
Un sér que, puesto en Dios el pensamiento,
Alargara la mano al que perece,
Y diera, sonriéndose, al hambriento
Ese pan que alimenta y no envilece.
Pero buscaba un sér degenerado

Que supiera ensañarse en los que gimen
Y halló muy pronto su ideal soñado:
¿No es la miseria cómplice del crimen?

¿Por qué si es la virtud hermosa y buena,
Hay quien pierda con gozo cuerpo y alma
Por llenar á los ángeles de pena
Conquistando del mal la odiosa palma?

¿No es cierto que está llena de amargura
La senda que recorre la inocencia,
Y que sólo se sufre la existencia
Levantando los ojos á la altura?

La vieja encuentra un hombre
De edad madura, impuro y crapuloso,
Que es imposible que ame,
Pero busca el amor libidinoso
Y con el oro compra generoso
Ese derecho vil de ser infame.
Ella sabe halagarlo, inteligente,
Prometiéndole espléndidas delicias,
Él paga esa vileza regiamente,
Y se avienen. Consorcio de inmundicias!
Aquel pacto de infamia están haciendo
Sin lanzarse á sí mismos ni un reproche,
Y por fin se despiden, repitiendo,
Con sonrisa halagüeña: "¿hasta la noche!"

La sombra por doquier envuelve al mundo
Como un inmenso paño funerario;
Es el silencio lúgubre y profundo,
Toque de ánimas lanza el campanario.
Del triste bronce al escuchar la queja
Piensa María en los despojos yertos

De aquellos seres que la muerte aleja,
Y murmura: "recemos por los muertos!"
Y se estremece de pavor la vieja.
En éxtasis de horror y de misterio
Siente que, en ella la mirada fija,
Se alza la madre allá en el cementerio
Para pedirle cuentas de su hija.
Reza la niña con acentos tiernos
Y es su oración un cántico inefable;
Reza también la vieja miserable
Con ronca voz que alegra á los infiernos.

Alimentos frugales
Luego van á tomar las dos, pensando
La una en sus ensueños celestiales,
La otra en su traición aterradora,
Y, en momento fatal, la mano aleve
Vierte en el agua que la niña bebe
Un frasquillo de láudano, traidora.
Y no tembló al verterle; pero tiembla
Y da diente con diente
Cuando la pobre niña el vaso toma
Nada sospecha bebe lentamente
Al fin venció el reptil á la paloma.

¿Por qué el ángel de guarda
No aplasta ese reptil con ceño adusto?
¿La compasión divina por qué tarda?
¡Quién sabe! Dios es justo!

Luego María siente
Una sombra pasar por su mirada,
Quiere moverse, hablar, inútilmente
Por un sopor extraño dominada,

Perdiendo los sentidos de repente
Se reclina en la mesa, aletargada.

Con ansia indefinible
Su verdugo la ve quedar rendida,
Y sigue contemplándola en seguida
Con la expresión de una esperanza horrible.
Y logra levantarla con trabajo
Y la lleva á su lecho en su porfía;
Osa imprimir un beso en su faz bella
¡Y con gozo terrible, detrás de ella,
Judas, entre la sombra, sonreía!
La vieja, en rededor, con sobresalto,
A nadie ve, la calma la rodea
¡Y, empero, allá en lo alto, allá en lo alto,
La divina mirada centellea!

Las horas pasan, tristes, silenciosas,
Ni una luz en la tierra y en el cielo,
Y la noche sus alas tenebrosas
Bate en la inmensidad con mudo vuelo.
La sonora campana
Da las diez: á su lúgubre tañido
Presurosa levántase la anciana
Y espera con el pecho estremecido.
Su cómplice infernal tardar no puede,
Segura es su venida,
Es preciso acabar, y que no quede
Incompleta la hazaña maldecida.

Con el oído atento á los rumores,
A cada instante su impaciencia crece,
Duda, teme, se asombra,
La soledad la espanta, y se estremece

Con la silueta de su misma sombra.
Y siente angustia inmensa,
Frío sudor la baña;
En esas horas de amargura intensa
Sólo el remordimiento la acompaña.
Y crece su demencia de repente,
La aterran espantosas fantasías,
Y comienza á escuchar voces sombrías
Que en su conciencia rugen sordamente.
En vano, en vano quiere orar su boca,
No encuentra amparo que su mal mitigue,
Y entonces siente que, si sola sigue,
El infinito horror la vuelve loca.
Y aunque la aterra ver en ese instante
A la que vende en su traidor intento,
Huyendo de sí misma, palpitante,
Se lanza de la niña al aposento.
Llega y, al verla, de pavor delira,
Raya en locura su tremendo susto
La bujía cayó, la luz espira,
Sombra, misterio, horror . . . nada se mira
Quién sabe . . . ! Dios es justo!

Suenan las doce, y, cuando muere apenas
El eco de las tristes campanadas,
Se oye en las calles solas y serenas,
El cercano rumor de unas pisadas.
Por fin, entre las brumas se divisa
Un bulto más visible á cada instante
Verle permite ya luz indecisa:
El es, el comprador, paso adelante!
Al llegar á la puerta
Se detiene, temblando de esperanza,
La empuja, se halla abierta,
Y conmovido avanza.

En ningún aposento
 Mira luz y sonrío dulcemente,
 Y á gozar ya se apresta;
 Le reciben allí discretamente,
 Será alegre la fiesta!
 Avanza en la tiniebla, espera en vano
 Que alguien venga á alumbrarle en su camino,
 O al menos le conduzca de la mano
 Hasta el punto final de su destino.
 Impaciencia al fin siente,
 Y acaba por sentir cierta pavora,
 Al ver que le rodean solamente
 Hondo silencio y lóbrega negrura.
 El espanto le aqueja con violencia;
 Que si en el alma el crimen aparece,
 Más lúgubre en la sombra resplandece
 El lívido fulgor de la conciencia.
 Y siente flaquear, desfallecido,
 Sus sentidos escasos,
 Y tiembla al no escuchar ningún ruido,
 Y tiembla al eco de sus propios pasos.
 Aquella extraña situación le espanta;
 Dudar ya no queriendo, luz enciende,
 Y con incierta planta
 En busca del misterio el viaje emprende.
 Avanza, más y más amedrentado,
 Ve á la vieja en el suelo desplomada,
 Y, al tocarla azorado,
 La encuentra desmayada.
 Ve en su lecho á María
 Que, bella como nunca,
 Radiante de hermosura aparecía.
 Presa de anhelo vago,
 A besarla en la frente llega impío;

Pero, en vez de gozar inmenso halago,
 En ella de las tumbas siente el frío.
 Cuán bella estaba; pero inmóvil, yerta !
 Al mirarla otra vez, horrorizado,
 Siente arder su cerebro fascinado
 La niña estaba muerta!
 Sí, muerta, libertada
 De la humana maldad, por siempre pura;
 ¡Con qué santa hermosura
 Resplandece su frente inmaculada!
 Cuando una alma en que el crimen se refleja
 Quiso hundirla en el fango de la vida,
 Más piadoso el veneno que la vieja
 Le dió la libertad apetecida.
 Cuando pensó mancharla
 Aquel hombre, en su impúdico destino,
 Con majestad inmensa á consagrarla
 Augusto el beso de la muerte vino.
 Atrás, no la toqueis! La tuvo enferma
 La nostalgia de un mundo más risueño.
 ¡Silencio, basta ya, dejad que duerma
 Y que alegren los ángeles su sueño!

*
* * *

Mucho tiempo ha pasado, y todavía
 Aparece flotando en mi memoria,
 Radiante de sublime poesía,
 La infeliz heroína de mi historia.
 Recuerdo cual la vi, por la ventana,
 En su lecho de muerte: parecía,
 Soñando con gentil melancolía,
 Rosa marchita en su primer mañana.

¿Y al comprador infame? En él despierta,
 Al mirar el castigo, un santo anhelo;

Porque sintió que el cielo
Le hablaba por la boca de la muerta.
Entra á un convento; en soledad y olvido
Doliente deja que sus años corran,
Y á Dios pide perdón arrepentido:
El llanto y la oración todo lo borran.

Pierde la anciana el juicio,
Y nunca cesa su horroroso espanto,
Y no le queda en su fatal suplicio
Ni el consuelo dulcísimo del llanto.
Cuando quiere calmar sus aflicciones
Orando, ve fantasmas sepulcrales
Siente que á sus blasfemas oraciones
Responden risotadas infernales.

Y María en el cielo, hunde su alma
En un piélago inmenso de ventura;
Sus manos llevan la gloriosa palma
Con que Dios recompensa la amargura.
Vuelve á hallar de sus padres los amores,
Ya el temor de perderlos no la aterra;
Se asoma algunas veces á la tierra
Y se estremece al ver tantos dolores.

Lágrimas no me arranca su recuerdo,
La miro luminosa en lontananza,
Y, cuando algunas veces la fé pierdo,
Pensando en ella, pienso en la esperanza.

Si, por una ventana, supe un día
Esa historia que siempre me extasía
Y que mi mente en recordar se ufana,
¿Cómo olvidar podría
En mis sueños de luz esa ventana?

Tepic, octubre de 1882.

¡VEN!

Ven al templo conmigo!—aquí se alcanza
Un consuelo del alma á los pesares;
Ven conmigo á verter en los altares
El llanto del amor y la esperanza.

Aquí se hallan los plácidos consuelos
Del Sér aquel que en tus dolores nombras;
Aquí estamos más cerca de los cielos
Y veremos á Dios entre las sombras.

El templo está desierto;
Nada se mueve en el sagrado asilo;
Nada humano hay en él, sino algún muerto
Que en oscuro rincón duerme tranquilo.

Recostado en su tumba solitaria
Para él no existen los terrenos lazos,
Y, cruzados los brazos,
Eleva de la muerte la plegaria.

En la sombra se pierden las cornisas;
Apenas un altar la luz alumbra,
De la Madre de Dios en la penumbra
Las formas se dibujan indecisas.

VERSOS.—31.

La Virgen, allí está, de los Dolores;
¡Cómo enluta el pesar su rostro tierno!
Triste y sola, sus hondos sinsabores
Está llorando en su dolor eterno.

El mundo es enemigo
De los seres que lloran y se aman;
Déjale, y ven conmigo;
La noche y el silencio nos reclaman.

Yo quiero que me sigas;
Si el frío beso de las sombras sientes,
Nada temas, las sombras son amigas
De las almas dolientes.

Aquí el que sufre alcanza
Un remedio del hado á la fiereza;
Que si el mundo nos habla de tristeza,
Este asilo nos habla de esperanza.

Busquemos un refugio
En la sombra del templo soberano
A ese verdugo que dolor se nombra;
Hasta que, al fin, asidos de la mano,
Los dos entremos en la eterna sombra.

Tepic, enero 20 de 1883

BELLINI.

Músico del dolor y la tristeza,
En mis horas sin dichas y sin calma,
Siento tus himnos de sin par belleza
Vibrar en lo más íntimo de mi alma.

Si de otros genios el saber profundo
Interpreta del cosmos la armonía,
Traduces, sólo tú, la poesía
Del alma, ese otro mundo.

A tí lauros del cielo! á tí que eres
El amigo de todos los que lloran,
Que bendicen sus hondos padeceres
Al escuchar tus cánticos que adoran.

Nos haces con tus notas sollozantes
Amar de la tristeza el dulce encanto,
Y las gotas de llanto
Conviertes en diamantes.

¡Pobre alma sin ventura!
¿No es cierto que se encuentra ya saciada
Aquella ansia sublime de la altura
Que respira tu música angustiada?

Dí:—¿no has reconocido,
 Hoy que en el cielo existes,
 Al ángel soñador que en otros días,
 Inundando de luz tus horas tristes,
 Inspiraba tus santas melodías?
 ¡Duerme en paz!—Se cumplió tu grande anhelo;
 Tus cantos eternizan tu memoria,
 Y hoy arrullan el sueño de tu gloria
 Las arpas de los ángeles del cielo.

Tepic, enero 21 de 1883.

GUADALUPE.

Vivías arrobada, y siempre triste,
 En un éxtasis lúgubre y profundo;
 Mirabas sobre todo cuanto existe
 Como un lívido velo de otro mundo

Jamás bañó con su esplendor el gozo
 Tu frente coronada con espinas;
 Brillaba, como flor entre ruinas,
 Tu sonrisa, más triste que un sollozo.

Amaste?—¿Hubo algún hombre que pudiera
 Atraer tu mirada soñadora,
 Sacar aquella sed abrasadora
 Que absorbía tu vida toda entera?

No lo creo; tu amor era infinito,
 Necesitabas algo sobrehumano
 Que pudiera sentir lo que sentías,
 Y que diera á tu amor en recompensa
 Algo tan grande como aquella inmensa
 Ansia de amor por la que tú morías.

¿Cómo pudiera el hombre tan pequeño
 Fijar sobre su sér degenerado
 Tu mirada de arcángel despeñado
 Que se hundía en el mundo del ensueño?

¡Cómo tu alma vidente comprendía
Cuántas bellezas lo creado encierra,
Y en qué cielos de augusta poesía
Vivías, olvidada de la tierra!

Ignotas melodías compusiste,
Versos pensabas que jamás dijiste,
Y guardaste del alma en lo más hondo,
Con el pudor de un genio aislado y triste,
Aquellos pensamientos fulgurantes,
Cual perlas de los mares en el fondo,
O bajo tierra espléndidos diamantes.

Reflejaba tu pecho estremecido
Las bellezas del múltiple universo,
Cual cristal que, según la luz le ha herido,
Reflejos lanza de color diverso.

¡Cuán pálida en la vida apareciste,
Como era noble tu orfandad suprema!
Te coronaba, cual fatal diadema,
Esa augusta grandeza de lo triste.

Las almas sin ventura que soñaban,
Aunque tú silenciosa y abstraída
Cruzabas por el mundo, adivinaban
De tu gran corazón la inmensa herida
Y tus mudos suspiros escuchaban.

¡Y nunca te quejaste!
Si al vegetar entre miseria y lodo
A veces tu valor desfallecía,
En la sombra la muerte sonreía
Y su sonrisa te animaba á todo.

¡Cuán sublime grandeza es necesaria
Para que pueda una alma solitaria
Soportar con valor todo tormento,
Y cómo fué forzoso que Dios mismo
Hiciera santo y bello el sufrimiento
Para poder sufrir con heroísmo!

Aunque abrojos hallabas por alfombra
Callaste siempre tu amargura intensa,
Y tu dolor se confundió en la sombra
Felizmente Dios sabe y recompensa.

Quizá el mundo te odiaba; no podía
Comprender tu grandeza, indiferente;
¿No odia acaso en estúpida porfía
Lo pequeño á lo grande, eternamente?

Pero tú no anhelabas
Ni su odio ni su amor, y navegabas
Del mar humano en las rugientes olas,
Tranquila en las tormentas y en las calmas,
Sola estuviste aquí.—Las grandes almas
Siempre atraviesan por la vida solas.

No sentías, absorta en tu plegaria,
Del mundo los rencores y los duelos:
¿Qué importan á la cumbre solitaria,
Si alza en la inmensidad su frente pura,
Perdida entre las nubes de los cielos,
Los pasos del gusano en la llanura?

La enfermedad un día
Hirió tu pobre cuerpo demacrado;

Al fin en tu horizonte desolado
La divina piedad resplandecía.

Tú que nunca en el mundo sonreíste,
Al ver brillar tu aurora en lontananza
En el alma sentiste
Una explosión de luz y de esperanza.

¡Qué vida fué la tuya,—qué poema
De páginas sublimes y sencillas!
Al abatir tu frente, alba y suprema,
Se desplomó la Muerte de rodillas.

Recuerda desde el cielo en que resides
Que en este mundo me encontré contigo:
De los muertos yo soy el fiel amigo
Y no te olvido nunca,—¡no me olvidéis!

Por fin para tí brilla
El deslumbrante mundo del ensueño;
Fué tu existir inmensa pesadilla;
Pero ha sido la muerte tu gran sueño.

¡Duerme en paz, duerme en paz, llena tu alma
Con la infinita vida luminosa
De los mundos que surcan el vacío!
Y, en tanto, quedará sobre tu fosa,
Como una flor, el pensamiento mío.

Tepic, junio 17 de 1883.

A LOS NIÑOS.

Si la suerte en su inconstancia
Nos abruma de tristeza;
Venid, con vuestra fragancia,
Con vuestra gentil belleza,
¡Oh, recuerdos de la infancia!

En esa edad apacible
El niño juzga increíble
Que la dicha se evapore,
Y le parece imposible
Que en la existencia se lllore.

No hay aún en esa edad
De celeste vaguedad
En él ni gloria ni amor;
Pero tiene algo mejor,
Tiene la felicidad!

Nada entonces le desvela,
Y es la más dulce delicia,
La que más el niño anhela,
Cuando vuelve de la escuela,
De su madre una caricia.

Ella, con su amor tan santo,
Exclama al besarle: "dí,